



Un breve viaje interminable

POR GUILLERMO BLANCO

No todo el hombre muere cuando muere un hombre. Y si es poeta, y de verdad, habrá una insobornable supervivencia en su palabra. Enrique Lihn, poeta de verdad a quien el cáncer le quitó la vida el 10 de julio, comienza ahora a caminar a través de las huellas que dejó en sus textos.

Promete ser un viaje largo.

Curiosamente en él, un viaje acompañado.

No cuesta imaginar a un muchacho o una muchacha que oye nombrar por primera vez a Lihn. "¿Que quién murió?", pregunta, y le responden con un nombre que tal vez no le diga gran cosa. O ninguna. Pero tal vez le suene, y tal vez tome algún libro "para ver que tal". Y entonces le ocurrirá lo que ya le ha ocurrido a tantos: las palabras de Lihn se irán introduciendo en su ser, y convirtiéndose en palabras suyas.

Enrique Lihn fue de esos autores para quienes escribir no es simplemente expresarse. Es, quizá, poner parte de su propio yo ahí en el papel. Ponerlo en carne viva, y sin que pueda convertirse en letra. Poeta de búsqueda —incluso cuando lo hace en prosa—, es el continuo experimentador, el curioso que explora nuevos y nuevos recorridos.

Extraño: tenía el gesto un poco amargo. Por lo menos, escéptico. Y a pesar de eso era capaz de ser tan niño para ejercer la curiosidad, la travesura, ese pequeño sagrado de burlarse de las cosas serias.

Uno de sus primeros libros, *La pinta oscura*, es muy sugerente. El título mismo alude a aquel viejo juego que consiste en encerrarse un grupo, apagar la luz y tratar uno de ellos, que viene de fuera y que está solo, de encontrar a algún otro y, después, de adivinar quién es.

Es claro que la vida tenía algo de ese juego para Lihn. Siempre venía, en cierto modo, desde fuera. Siempre lo rodeó una forma de soledad. Y su afán de alcanzar el contacto humano y de identificar a los demás es una de las constantes de su literatura. Se la palpa, por ejemplo, ya en los cuentos que forman *Agua de arroz*, de 1964.

Reaparece con persistencia en el resto de su obra, a ratos bajo esos disfraces bédicos que tanto le atraían.



La sensación de soledad, sobre todo, anoma, rebasa a través de sus palabras. En *La mosquilla de las pobres esferas*, por ejemplo, uno de los poemas, "Por que escribí", adquiere hoy día una suerte de superlectura. Dice lo que dice y tanto más. "Ahora que quizás, / en un año de calma, / pienso: la poesía me sirvió para esto: / no pude ser feliz, ello me fue negado, / pero escribí".

Al hacerlo, "fui la víctima / de la mendacidad y el orgullo mentados"... "Pero escribí: tuve esta rara certeza, / la ilusión de tener el mundo entre las manos".

Con un andar muy propio, Enrique Lihn sabe moverse de uno a otro ámbito, yendo, por ejemplo, desde la sugerencia de ternura que inicia "La casa de éllo" en *A partir de Manhattan*, hasta el brusco irrupción del sarcasmo:

"Una casa / con algo de catacumba al aire libre, desventrada sobre el nivel de las aguas / en el cuncho que se empina, en Cartagena, sobre el mar falsamente azulado / que tranquilo baña un paisaje de mierda..."

Resalta premonitorio el poema "Destiempo", de *La pinta oscura*: "Pensábamos y el tiempo que no tendría precio / se nos iba pasando pobremente / y estos son, pues, los años venideros. / Todo lo íbamos a resolver ahora. / Teníamos la vida por delante. / Lo mejor era no precipitarse".

El breve texto describe, quizá más allá de la intención que entonces pudo tener Lihn, el ámbito y la mentalidad de su grupo generacional. La Generación del 30, con sus más y sus menos, fue un fenómeno en cierto sentido único en nues-

tra historia literaria. Ni antes ni después ha habido debates tan agitados, de alcance tan nacional, sobre novela, cuento, poesía, de autores chilenos.

La polémica en torno a la Generación despertó un interés inédito. Artículos de prensa, informaciones y comentarios en la radio —no había aún televisión—, foros en los salones de honor de las principales universidades del país: todo el mundo parecía tomar partido, querer saber, leer. Los libros de estos mozaletes fueron negocio, y hubo editoriales que se los peleaban.

Enrique Lihn fue de los que no se dejaron marear por el éxito. Su intención era más profunda que ganar un momento. El tenía que ganarse la vida, ganarle a la vida. Y su instrumento eran las palabras, que siempre son precarias cuando lo que debe decirse es enorme. Y enorme era la soledad de Lihn, su angustia, su ineludible curiosidad de niño.

El niño que jamás lo abandonó en su errar por la inquietud humana:

"...no hay loco más feliz que un niño cuerdo / ni acierta el sabio como un niño loco", dice en unos versos de eco clásico. "Todo lo que vivimos lo vivimos / ya a los diez años más intensamente; / los deseos entonces / se dormían los unos en los otros"... "Y así llegas a viejo / como quien vuelve a su país de origen / después de un breve viaje interminable / corto de revivir, largo de relatar / te espera en ti la muerte, tu esqueleto / con los brazos abiertos..."

Un breve viaje interminable [artículo] Guillermo Blanco.

Libros y documentos

AUTORÍA

Blanco, Guillermo, 1926-2010

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un breve viaje interminable [artículo] Guillermo Blanco. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile